

Reseña

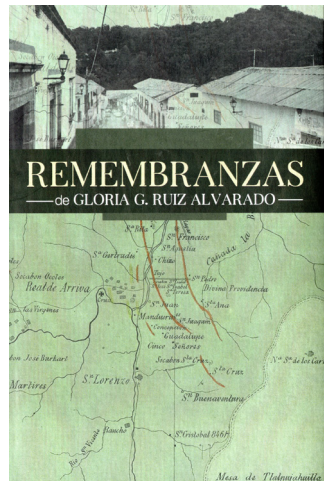
Remembranzas¹

Servando Ortoll

Investigador independiente; Jalisco, México

<https://orcid.org/0000-0003-1569-0385>

Remembranzas es un buen título para la obra autobiográfica –que no autobiografía, que es un texto mucho más cuidadoso basado en datos que revisamos una y otra vez– que reseño. Las remembranzas equivalen a lo que otros autores llaman memorias o *memoirs*: en ellas su autor o autora escribe las cosas que recuerda. Y esto importa porque con las memorias nos permitimos resaltar ciertos aspectos de nuestras vidas y minimizar o anular otros. Basamos nuestras memorias en lo que recordamos, y esto puede ser inexacto, pero a la vez transmitir la “vida vivida” con un grado importante de inmediatez. A través de las memorias, como dice Seidensticker (1999; 46), “es posible traer cuestiones privadas a lo que esencialmente es el recuento de una carrera pública”. Yo agregó que lo contrario es igualmente cierto: con las memorias traemos cuestiones públicas a lo que esencialmente es la narrativa de una vida privada.



1Ruiz Alvarado, G. (2024). *Remembranzas*. Puertabierta Editores. ISBN: 978-607-8961-30-6.



Estudios sobre las Culturas Contemporáneas
Volumen 2, Número 3, enero-junio 2025, pp. 227-235
ISSN 1405-2210 / eISSN 3061-7537
<https://doi.org/10.53897/RevESCC.2025.3.08>

La narrativa que comento se enmaraña porque parte de lo que cuenta la autora se basa en lo que a su vez le describió su madre en los últimos años de su vida. Estas “memorias de memorias”, evidente, rescatan los eventos significativos de una época y minimizan procesos que pudieron ser igual de significativos. Toca al público lector desentrañar eventos y procesos a partir de la narrativa. “Los recuerdos arriban a la mente en desorden y espontáneamente” nos cuenta la autora (p. 41). Pero además de desordenados y espontáneos, los recuerdos a veces se contradicen: dependiendo de la página que uno consulte, por ejemplo, nos enteramos que doña Gloria compró dos o cuatro vacas para iniciar un negocio de lácteos.

Su familia proviene originalmente de Michoacán, en una zona que acaricia el estado de México. Más concretamente del barrio minero Real de Arriba, con cabecera municipal en el pueblo Tlalpujahua. Yo tuve la fortuna de conversar con doña Gloria porque supe que la suya era una familia de mineros y a mí me ha interesado mucho seguirles la pista a los mineros de la plata del sur de Sonora: mineros que a mediados del siglo XIX emigraron a la entonces llamada Alta California, en busca de oro y que una generación más tarde acabaron en las minas de cobre de Cananea. Me interesaba mucho esta migración para entender y explicar el sentimiento antichino de la segunda o tercera generación de estos mineros sonorenses que habitaban en Cananea durante los años treinta del siglo pasado.

Sobre minas, mineros y migraciones conversamos en esa ocasión doña Gloria y yo. De la zona de donde eran sus ancestros, se moría, pero no siempre por razones naturales: podía uno caerse por desgracia en uno de los tiros abandonados o perecer sepultado en el derrumbe de una mina de la zona. También los vecinos del pueblo podían acabar fácilmente presas de forasteros desconocidos, quienes iban a Tlalpujahua en busca de fortuna o de aventuras. Un tío menor de edad de doña Gloria—Vicente— fue víctima de uno de esos aventureros quien seguramente lo raptó. Después de tiempo de que lo buscara un detective, lo encontró deambulando “en deplorables condiciones” por el zócalo de Ciudad de México. Ahí no terminaron sus desgracias. Como el abuelo Cipriano trabajaba en una ampliación del cauce del desagüe de Ciudad de México, una vez Vicente recuperado, en el año de 1900 y mientras caminaba por las riberas del canal, sintió que un reptil le subió por la pierna.

De lo que pudo zafarse fue de un “simple ajolote”, aunque es posible

que el reptil hubiera caído de su pantalón sin que ni él mismo lo notara. El caso es que, al llegar Vicente a su casa, se desplomó muerto. Leer una historia como esta, en la que el joven de una familia porfiriana inicia por ser arrebatado del pueblo donde moraba y acaba mordido por algo más que un ajolote, nos recuerda lo frágil que eran las vidas durante el Porfiriato. Cuando leo que doña Gloria recuerda que “los de provincia disfrutamos más la naturaleza, factor compensatorio de muchas carencias” (p. 33), me pregunto si no sufrían también mucho más que los ciudadanos por esa misma naturaleza. Lectora de obras del *boom* de literatura latinoamericana, conforme avanza la lectura de la obra, más siente el lector que doña Gloria destraba su pluma. Lo digo porque cuenta historias que recuerdan a protagonistas de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Uno de los ilustres en los que pensé de inmediato cuando leí lo que sigue sobre un hombre apodado el Camello, “identificado así por su joroba”, fue en Melquiades.

Se trataba de un hombre de unos 40 años, barbado, sucio, de aproximadamente 1.35 [metros] de estatura, portando un voluminoso libro percudido por el tiempo y la intemperie.

Ese personaje se había echado a cuestras la misión de anotar en su registro todos los decesos ocurridos en la región y, sin importarle su jornada a pie en aldeas distantes, llegaba a conseguir la necesaria información. Ahora me pregunto: ¿dónde habrá quedado ese registro tan conmovedor y valioso de Tlalpujahuá? (p. 35)

Cuando regresa a lo cotidiano, a la “normalidad”, doña Gloria recuerda así a su padre:

Hacia mis primeros años lo recuerdo ataviado en el traje negro, pantalón entubado, chaquetín a la andaluza y ambas prendas bordadas con motivos níveos, a la par que la camisa, corbatín negro o paliacate rojo salpicado con lineares blancos, botas y tacos de cuero y zapatos ostentando espuelas. Domaba caballos “carreros”, ejecutaba carreras de caballos y piales con gran destreza. (p. 58)

Vienen luego los casorios o cuasicasorios, no exentos de tragedias: la tía Carmen se casa con el hijo de un hacendado tocado por la esquizofrenia que muere de la gripe española en 1917; llega a la mina San Juan a laborar un joven extranjero y conoce a la tía María, la más atractiva de las tres hermanas, tienen un bebé y el forastero desaparece. A los cinco años este

bebé ve a un arriero montado en un burro, quiere cabalgar en él y nunca más lo ven: el arriero asegura que el niño se le cayó en el tiro Comanja.

Al leer estas remembranzas nos enteramos cómo era la vida en las minas, en los tiros y los riesgos que siempre acechaban a quienes ahí trabajaban o por ahí pasaban. Esto para no mencionar enfermedades como la silicosis –que se contraía en el trabajo dentro de las minas– como otras que se atrapaban fuera de ellas: tomar un baño con agua fría después de trabajar en un medio caliente podría traer consigo desde una pulmonía hasta la muerte.

El capital era otro de los extranjeros que llegaba para cambiar el ritmo de vida de la comunidad minera. La compañía minera Las Dos Estrellas, en Tlalpujahua, obsequió a la parroquia la campana mayor. En esa parroquia se casaron los padres de doña Gloria, y en Las Dos Estrellas trabajaron su padre y un hermano. Esos tiempos de bonanza mermaron la salud de su padre. Fue entonces cuando debió trabajar en minería a cielo abierto, con la disminución subsecuente de los ingresos familiares. En el pueblo de Tlalpujahua la vida transcurría, imagino, como en cualquier otro pueblo de la región.

Doña Gloria recuerda del noviazgo de Blandina, una de sus hermanas, con Carlos Gieze, un joven protestante. Al inicio los padres de ambas familias estuvieron de acuerdo con el noviazgo, pero un compadre –al que doña Gloria solo identifica como Luis V.– convenció al papá de prohibir esa relación por la diferencia de religiones. Los jóvenes se siguieron viendo a escondidas con la anuencia de la mamá de doña Gloria. Cuando la familia del joven estuvo a punto de cambiar de residencia y este invitó a su novia a escaparse con él, Blandina se atemorizó: Carlos Gieze no se casó, pero ella sí, aunque nunca lo olvidó.

Un evento que vivió doña Gloria fue lo que llama la catástrofe de 1937. Ese año se precipitó sobre el barrio La Cuadrilla de Tlalpujahua una gran presa de desechos minerales que había acumulado la compañía minera Las Dos Estrellas. Todo ocurrió el jueves de Corpus y cientos de los habitantes del barrio acabaron sepultados bajo los escombros. De ahí se derivó una hambruna que llevó al éxodo a las familias de los mineros. Recuerda doña Gloria: “se veía el pasar de la gente con sus escasos almofreces, contenidos en bolsas de yute o manta, hacia la estación de autobuses con destinos a la Ciudad de México, Guadalajara y no sé a qué otros lugares” (p. 70). Tres hermanos y una sobrina acabaron en casa

del hermano David, en Ciudad de México. David se había dedicado a la orfebrería y dos de sus hermanos –Ángel y Rafael– siguieron sus pasos. La conexión entre una familia originalmente minera con la orfebrería no deja de intrigarme.

Las siguientes páginas de *Remembranzas* hablan de cambios de residencia: ya dentro de Ciudad de México, ya fuera de ésta, hasta llegar al apartado municipio de San Vicente Chicoloapan, perteneciente entonces a Texcoco. El lugar distaba 13 kilómetros de la ciudad de Texcoco y 26 de Ciudad de México. Hasta allá llegó doña Gloria con su familia en 1960 y en tres años construyeron su propio hogar. Con sus deseos de emprender algo en ese lugar apartado, y con apoyo de uno de sus hermanos –Ángel– que vivía entonces en Estados Unidos, doña Gloria compró varias vacas de producción y su esposo le consiguió un manual de instrucción para este trabajo. Esto ocurrió sin saber que poco antes Gustavo Díaz Ordaz había entrado en un convenio con el gobierno de Estados Unidos para comprar leche en polvo para toda la nación.

Lo anterior dejó en “la ruina la industria lechera nacional y, por tanto, la producción nacional se mercadeaba a precio irrisorio” (p. 43). Doña Gloria no se desanimó: elaboró quesillos y gelatinas que se vendían en una tienda en Los Reyes, Estado de México. Hacia 1964 ya contaba la familia con 12 vacas y siete terneras. Las vendieron todas menos una, que utilizaron para su autoconsumo. Luego doña Gloria probó con la cría de gallinas ponedoras. Para esto tomó un diplomado en la facultad de zootecnia en la UNAM. Iniciaron con 1,000 pollos y tres años después tenían 30,000. No ganaron gran cosa con el primero de sus compradores, pero alcanzaron la autosuficiencia con 12,000 aves. Vivían con cierta holgura económica cuando, en 1994, a través del Tratado de Libre Comercio que entabló Carlos Salinas de Gortari, la avicultura se paralizó. Puede parecer poca cosa, pero Díaz Ordaz y Salinas de Gortari, ambos sin pensar en la pequeña o microindustria mexicanas, las paralizaron con sus políticas transnacionales.

Remembranzas cuenta con varios apartados cortos, después del primero que es mucho más amplio. En él doña Gloria cuenta la historia de personajes que a veces dejan de ser reales y se convierten en verdaderas figuras del realismo mágico. Sin el afán de adelantar muchos *spoilers* les cuento la historia del tío “Vitoriano” a quien se dificultaba pronunciar la “r”. Vitoriano vivía en el Real de Arriba durante los años veinte del siglo

XX. Su esposa Rafaela era una “mujer mal encarada y nada atractiva” que “sostenía amores con ‘El Ajumao’, sujeto igualmente desagradable” (p. 48). Victoriano y Rafaela tenían tres hijas: Virginia de 18, Dolores de 16 y Consuelo (o Chelo) de 14 años.

Cuando Rafaela se enteró que Chelo mantenía un noviazgo con cierto joven del lugar, “se enfureció y no solo prohibió la relación, sino que encerró bajo llave a su hija, quien pasó días con un gran dolor” (p. 48). Nadie supo cómo, pero Chelo burló el encierro y se piensa que “salió al jardín de la casa y consiguió una yerba venenosa que ingirió” y le causó la muerte (p. 48). El tío Vitoriano no resistió la pérdida de su hija y también falleció. Aquí viene el realismo mágico que adelanté: “contaba la gente que, días después del sepelio de su padre, las huérfanas acudieron a visitar [su] tumba [...]. Con gran espanto se encontraron con que el sepulcro se encontraba vacío y sin vestigio alguno de su ataúd” (p. 49). Todo mejora –o empeora–, dependiendo de cómo veamos lo que sigue:

Cuando la madre cayó en cama, víctima de una enfermedad desconocida, los familiares que estaban presentes durante su agonía, dieron fe de la espantosa gesticulación de la enferma, quien arrojaba por la boca un abundante espumarajo que ascendía por los aires, transformándose en una nube que se elevaba y que buscó su salida por el callejón de la casa, en donde se esfumó. (p. 49)

En recuerdo de su hermana Chelo –y aquí entra a la historia doña Gloria en los años de su infancia– sus ancianas hermanas mantenían sobre los muros de su cuarto y de la sala “sus prendas de vestir; sus muñecas y trastecitos de barro con que jugaba durante su niñez” (p. 49). “Siendo yo niña”, cuenta doña Gloria, “mamá me enviaba a su casa a comprarles [...] yerbas aromáticas o curativas que vendían para ayudarse en su subsistencia. Yo les pedía que me regalasen alguno de los trastecitos. Ellas siempre me contestaban, ‘No, porque en un rato viene Chela a entretenerse’” (p. 49).

En otro lugar, doña Gloria nos habla de cómo su madre y una amiguita suya, hace más de 70 años, recorrían una parte del río Martín Gómez, flanqueado entonces con majestuosos cedros que daban a su lecho “una apariencia sombría y un tanto misteriosa” (pp. 14-15).

Mamá me contaba episodios de sus incursiones en el río, con la complicidad de su amiguita Obdulía, y la prohibición por parte de sus padres, de visitarlo. Tomadas de la mano y con cierto temor, remontaban su ruta experimentando gran emoción y deleite al contemplar un mundo para

ellas desconocido. En algunas ocasiones el tiempo se les venía encima y a zancadas bajaban presas del pánico, pues ya era escasísima la luz del día. Mirando hacia atrás, en dos ocasiones contemplaron entre la penumbra el danzar sobre el agua de unos duendecillos que al final se elevaban envueltos en la neblina hasta que desaparecían de la vista. (p. 51)

No adelanto más. *Remembranzas* son historias contadas por dos mujeres, de sendas progenitoras, dedicadas a las generaciones actual y del porvenir. *Remembranzas* son un legado histórico, biográfico y narrativo de cómo se vivió durante un tiempo en un pueblo minero de Michoacán y por qué tantas familias emigraron a Ciudad de México, a Guadalajara y a lugares más allá de la frontera.

Referencias

Seidensticker, E. (1999). Autobiography. *Biography*, 22(1), 46-56.

Servando Ortoll. Doctor por la Universidad de Columbia. Investigador independiente. Líneas de investigación: historia social, cultural y política de México; historia diplomática entre México y Estados Unidos. Correo: servando.ortoll@gmail.com

Apuntes sobre la traducción asistida por inteligencia artificial de “Remembranzas”, de Servando Ortoll

Transmitir el conocimiento de una manera eficaz y eficiente es uno de los retos que enfrenta el ser humano en la comunicación de la ciencia. Los textos publicados por autoras y autores en libros y revistas buscan que los resultados de sus investigaciones sean un camino o punto de partida para aquellas personas que comparten los objetos de estudio, y justo ahí, en la decisión sobre qué sí y qué no publicar (por su calidad, claro), es donde radica el espíritu de los productos editoriales.

En esta breve nota me permito compartir con ustedes que, desde la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima (DGP), con el respaldo de su titular, la Mtra. Ana Karina Robles Gómez, propusimos a *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* realizar un ejercicio de aplicación de nuevas tecnologías. Por sus resultados, y con un cuidadoso proceso, el comité directivo de la revista aceptó publicar la traducción asistida por inteligencia artificial de la reseña de Servando Ortoll.

La primera intención del ejercicio fue sólo publicar un texto en su traducción al inglés y medir el alcance de ambas versiones. Sin embargo, en charlas con el autor y, a sabiendas de su dominio del idioma, propuse incluir a la inteligencia artificial como herramienta de traducción, y que él con sus habilidades observara el resultado, para tomar acciones de corrección y ambos decidir sobre el potencial para su publicación. Servando respondió con interés y, además, propuso que una vez se tuviera la versión final, se enviara a una persona angloparlante para que diera su visto bueno. Justo en ese momento es cuando el ejercicio tomó fuerza y se fue configurando, aclarando que, como todo texto que se recibe en esta dirección general, pasaría por corrección de estilo realizada por Yul Ceballos, traductor adscrito a la DGP, aunque a decir verdad, también me pareció interesante y una buena idea tener el visto bueno de la persona angloparlante.

Para realizar la traducción pedí a Chatgpt 3.5 que revisara la sintaxis y composición del texto, entregándome como resultado una primera versión que revisé, e hice un par de adecuaciones generales en términos

de formato. Compartí con Servando este primer archivo, quien hizo también sus comentarios y envió al lector angloparlante. Al cabo de unos días, Servando recibió dos sugerencias de cambio relacionadas con modismos. Esta versión, con las sugerencias de cambios, es la que remití a Yul, quien con detenimiento observó la composición del texto y el historial de cambios, así como la versión original escrita en español. Al mismo tiempo, le compartí el contexto del ejercicio y la forma en que se utilizó la IA como herramienta, pidiéndole mayor cuidado al momento de la corrección, para observar las posibles áreas de oportunidad. Yul hizo un buen trabajo reemplazando algunos términos, aplicando regionalismos e incluyendo en el texto el toque humano que pudo haber quedado fuera en una traducción mecánica. En este punto me surgió la duda sobre si los softwares de detección de escritura con IA identificarían el texto como probable uso, por lo que, con apoyo de la herramienta TURNITIN lo sometí a revisión y no arrojó ningún porcentaje. Comprendí entonces que la IA se empleó como herramienta para traducir un texto generado y escrito por una persona.

Para cerrar el proceso editorial de esta versión en inglés, envié a Servando la propuesta de corrección de Yul, quien aprobó la mayoría de los cambios y rechazó sólo dos: una relacionada con el nombre de un lugar y otra con el uso de un signo de puntuación. Afinados estos detalles, el texto fue maquetado y preparado para ser leído por ustedes en este número.

Sustentamos este ejercicio en la Declaración de Heredia, una iniciativa que aborda el uso de la inteligencia artificial durante los diferentes roles del proceso editorial, bajo los principios de transparencia, responsabilidad y minimizar el sesgo de la IA, los cuales fueron cumplidos de manera cabal en este texto.

Jorge Arturo Jiménez Landín

Responsable del área editorial periódica
de la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima